



El timbre del despertador abría un hoyo en su sueño, y por ese boquerón, trabajosamente, pasaba Ignacia Teresa a la vigilia del nuevo día. Pero no sólo pasaba ella, sino también la madre, instantáneamente levantada y arrastrando las zapatillas por la casa, y luego bajando por la escalera —¿llovía, traminaba el viento, ardía el sol, la niebla desintegraba los cuerpos?—, la sentía llenar el cubo de agua e irse por el patio y el pasillo a ese su quehacer primero y obsesivo.

Que no impuesto por su propia voluntad, ipobrecita! Y miraba de soslayo, no sólo de soslayo la mirada, sino el alma, a Carmen dormida plácidamente, alzada sobre almohadas, que así los rulos le duraban más. Bueno. Y este bueno, enérgico, echaba hacia

abajo la protesta y el amargor que iban a decir algo que ella, Ignacia Teresa, no quería decir.

Saltaba de la cama, rápidamente, vistiéndose entre idas y venidas a encender el anafe y poner agua a calentar y la leche, y tomar de prisa el desayuno, y salir corriendo para hallarse con la madre en el patio, darle a beber como a una criatura el café con leche, sopeado, sí, sopeado, con una súbita terneza, con una desesperada terneza que hubiera querido alzarla y volverla a lo tibio de la cama, y decirle palabras sin sentido y darle a beber como a una criatura el café con leche, sopeado, sí, sopeado, como a ella le gustaba —«Déjala que coma a su modo, y que si quiere sopee»—, y seguirle diciendo palabras sin sentido, con son de nana hasta que se durmiera. Pero no, no, había que besarla, apretando los labios fuertemente contra la mejilla, y correr después por el pasillo, tan largo pasillo, tan largo, estrecho, entre un palacete y un edificio moderno.

Túnel largo, estrecho, con el piso desgastado y en los muros percutidos, pintadas por la humedad geografías de extraños países emergiendo del verdín.

«¿Qué mundos serán?», se preguntaba Ignacia Teresa al mirarlos, al no querer mirarlos y quedarse a pesar de su prisa prendida a ellos, detenida, absorta en la gota de agua que lloraba un mar desbordado. Pero había que avanzar, seguir la línea del pasillo, sesenta y cinco metros de pasillo, sesenta y cinco pasos muy largos, muy largos. Hurtando la vista a las paredes, mirando al fondo, la mampara, su rosetón, los losanges rojos, los triángulos azules, los pequeñitos cuadrados amarillos. A veces el sol, que estaba al frente, aguardándola en la plaza con los pájaros y la maraña verde de los árboles, la hacía súbitamente olvidarse de todo, perdida en su reflejo, en la cambiante atmósfera, de arco iris que crea al atravesar los vidrios, halo de santo en ámbitos celestes, luz en la que se sumergía con la extraña y deliciosa sensación

de perder gravedad y avanzar suspendida milagrosamente, flotando, hasta toparse con la mampara y los gestos que inexorablemente la devolvían a la vida real.

Pero no siempre esperaba el sol. A veces la lluvia la agarraba a la salida misma de la casa, en la puerta que daba al largo balcón saledizo de donde partía la escalera, que llevaba al patio. La lluvia estaba allí. Como la esperaba en otras ocasiones la niebla. Y en otras el viento que parecía bajar su zarpa hasta el empedrado y desperdigar hojas, papeles, fino polvo cuando más no fuera, furioso y silbante. Todos los elementos podían estar allí esperándola, menos el sol, que en caso de esplendor, sólo lograba llegar hasta el patio a mediodía, aplomado y fugaz.

Porque la casa, lo que ellas llamaban «casa», que de alguna manera había que llamarla, era la bodega de un palacete al correr del tiempo transformado en consultorios de médicos, bodega cuyo altillo se había tam-

bién transformado, buscando una renta que por todos medios debía aumentarse.

La bodega servía de guardamuebles a otro inquilino. El altillo constaba de dos cuartos, una cocina pequeñita y un pequeño baño, todo ello incómodo, oscurecido de sombras de muros, en una atmósfera de verde pozo, con las ventanas del palacete descaradamente siempre curioseando, subidas las persianas, abiertas las maderas, no sólo dejando salir la curiosidad, sino que con una especie de desvergüenza mostrando un baño, el aburrimiento de las salas de espera, un escritorio en que un hombre atendía un teléfono y tomaba apuntes.

Pero esa casa, esos fondos aislados más allá del patio, entre muros para rebotar las miradas, entre ventanas de agresiva vulgaridad, tenía un pasillo, largo pasillo de sesenta y cinco metros para sesenta y cinco largos pasos, y una mampara con vidrios de colores que parecía haberse escapado de una catedral, con los ángeles y los santos perdidos en

la fuga, y una vez abierta, como la abría vivamente Ignacia Teresa, estaba el sol que la esperaba esa mañana, dorado y ralo, apenas tibio y resbalando por las hojas y por los trinos, sedosa malla en que ella hubiera querido arrebozarse, revolcarse, acurrucarse, y a la cual tan sólo presentaba la cara, cerrados los párpados, un instante, un segundo, porque había que atravesar ligero la plaza y esperar el tranvía...

Tran... vía..., tran... vía... –ajustaba el paso al ritmo de esas sílabas, pero de pronto extendía una mano y tomaba una moneda de oro que el sol dibujaba en el suelo y subrepticamente la guardaba en un bolsillo, con gesto pueril.